



LIBRO V.
PROVIDENCIA
O DIFERENCIAS ACCIDENTALES
ENTRE LOS HOMBRES.



CAPITULO I.

SABIOS E IGNORANTES

Los dones de la inteligencia son los tesoros de Dios. — El señala á cada uno su parte, en la medida que le parece conveniente.

¿Te ha dotado con la sabiduría? ¿ha ilustrado tu mente con el conocimiento de la verdad? Comunicala á los ignorantes para su instruccion; comunicala á los sabios para tu propio mejoramiento. La verdadera sabiduría es ménos presuntuosa que la tontería; el sabio duda á menudo y cambia su modo de pensar;

el tonto es obstinado y nunca duda; conoce todo ménos su propia ignorancia.

El orgullo de la vanidad es detestable, y el mucho hablar es cualidad de los tontos; sin embargo, es propio de la sabiduría oír las impertinencias de los tontos, escuchar con paciencia sus absurdos y compadecer su ignorancia.

No por eso presumas de tus propios dones ni hagas alarde de tu superior inteligencia; el mayor saber humano no es sino ceguedad é ignorancia.

El hombre sabio siente sus imperfecciones y es humilde; trabaja siempre para obtener su propia aprobacion.

Pero el tonto acecha en la corriente superficial que cruza su propia mente los guijarros que percibe en el fondo y queda muy satisfecho con ellos; los saca á la superficie y los muestra como perlas, deleitandose con el aplauso de sus semejantes.

Se alaba con el conocimiento de lo que no sirve para nada; pero de lo que seria vergonzoso ignorar, no entiende palabra.

Aún siguiendo el sendero de la sabiduría lucha con su torpeza, y en premio de sus esfuerzos solo obtiene la vergüenza,

Pero el sabio cultiva su mente con los conocimientos; los adelantos en las artes forman su delicia, y su utilidad para el público corona sus trabajos.

No obstante, reputa la enseñanza de la virtud como la mas alta inteligencia; y la ciencia de la felicidad es el estudio de su vida.



CAPITULO II.

POBRES Y RICOS.

Aquel á quien Dios ha dado riquezas y una inteligencia para emplearlas bien, es el mejor favorecido y mas altamente distinguido.

Ve sus riquezas con placer, porque ellas le proporcionan los medios de hacer el bien.

Proteje al pobre que no merece su mala suerte; no permite que el poderoso oprima al débil.

Busca los objetos que merecen su compasion; se informa de sus necesidades, las remedia con discernimiento y sin ostentacion.

Ayuda y recompensa al mérito; alienta á la honradez, y promueve liberalmente todo designio útil.

Se empeña en las grandes obras; con ellas se enriquece su país y se emplea á los que viven de su trabajo; forma nuevos proyectos y hace adelantar las artes.

Considera las superfluidades de su mesa como pertenecientes á los pobres y á ellos las destina.

La benevolencia de su espíritu no está limitada por su fortuna. Goza por lo mismo de su riqueza y ese goce es irreprochable.

Pero desgraciado de aquel que amontona riquezas en la abundancia y que solo goza con la posesion de las mismas.

Se burla del semblante del pobre, y no le compadece el sudor de su frente.

Prospera en la opresion sin sentirlo; la ruina de su hermano no le turba.

Bebe las lágrimas del huérfano como si fuera leche; el llanto de la viuda es para él como una música.

Su corazon se ha endurecido con el amor á la riqueza; ningun pesar ó desgracia puede impresionarle.

Pero las penas de la iniquidad lo persiguen: vive en continuo temor.

La ansiedad de su mente y la rapacidad que envuelve su alma, lo castigan por las calamidades que ha atraido sobre otros.

¡Oh! ¿Qué son las miserias de la pobreza comparadas con las mordeduras que sufre el corazon de ese hombre?

Es justo que el pobre se consuele á si mismo, por que para ello tiene muchos motivos.

Está satisfecho con el bocado que come en paz; á su mesa no acuden los aduadores y devoradores.

No es molestado por sus dependientes ni asediado por los clamores de los solicitantes.

Excluido de las delicadezas de los ricos, tambien lo está de sus enfermedades.

El pan que lo alimenta ¿no es grato á su paladar? El agua que bebe ¿no apaga su sed? Si, con mayor delicia que sus bebidas á los opulentos.

Su trabajo mantiene su salud y le procura el reposo, que huye siempre del suave lecho del perezoso.

Limita sus deseos con la Humildad; y la calma de la satisfaccion propia es mas grata á su alma que las adquisiciones de la riqueza y de la grandeza.

Que no presuma pues el rico de sus riquezas, ni el pobre desespere de su pobreza; porque la Providencia de Dios ha dispensado la dicha á ambos; y la distribucion de los dones es mas equitativa de lo que puede creer el ignorante.



CAPITULO III.

AMOS Y SIRVIENTES

No te lamentes, ¡oh hombre! porque sirves á otro. Asi lo ha dispuesto Dios y asi conviene mas; asi te liberas de muchas dificultades de la vida.

El honor de un sirviente es su fidelidad. Sus mas altas virtudes son su sumision y obediencia.

Sé paciente ante la reprension de tu amo, y cuando te corrija, no contestes; el silencio de tu resignacion no será olvidado.

Cuida sus intereses; sé diligente en sus negocios y fiel á la confianza que en tí deposite.

Tu tiempo y tu trabajo le pertenecen; no los economices puesto que te paga por ellos.

Y tu que eres su amo, sé justo con tu sirviente si esperas fidelidad; sé razonable en tus mandatos si esperas obediencia.

El espíritu del hombre está en él; la severidad y el rigor, engendran temor, pero no inspiran amor.



CAPITULO IV.

MAGISTRADOS Y SUBDITOS.

¡Oh, tú, favorito del Cielo! á quien los hijos de los hombres, tus iguales,

han elevado al soberano poder y establecido como su Gobernador, considera los fines y la importancia de la confianza que en tí han depositado, mas bien que la dignidad y la elevacion de tu puesto.

Estás revestido de púrpura, estás sentado en un trono; la corona, emblema de la majestad ciñe tu frente; el cetro del poder está en tus manos; pero esos emblemas no te han sido dados para tí mismo, ni para tu propio beneficio, sino para el bien de tu reino.

La gloria de un rey es el bienestar de su pueblo; su poder y su dominio descansan sobre el corazón de sus súbditos.

La inteligencia de un gran príncipe se exalta con la grandeza de su situación; resuelve grandes cosas y busca ansioso fines dignos de su poderio.

Reune á los sabios de sus dominios, consulta con libertad en medio de ellos, y oye las opiniones de todos.

Fija con discernimiento sus miradas en su pueblo; descubre las aptitudes de los hombres y los emplea según sus méritos.

Sus Magistrados son justos, sus Ministros son sabios, y el favorito de su corazón no le engaña.

Sonríe á las artes y florecen; las ciencias adelantan bajo la cultura de su mano.

Se deleita con los instruidos y los ingeniosos; despierta la emulacion en sus pechos, y sus trabajos forman la gloria de su reinado.

El espíritu del negociante que extiende su comercio, la habilidad del hacendado que enriquece sus tierras, el mérito del artista, los adelantos del estudiante, son premiados y honrados con sus favores y sus dones.

Proyecta nuevas colonias, construye fuertes navios, abre los rios á la circulación; levanta fortalezas para la seguridad de las embarcaciones; su pueblo abunda en riquezas, y las fuerzas de su reino aumentan.

Elabora sus estatutos con equidad y sabiduría, sus súbditos disfrutan de sus buques y de sus trabajos en plena seguridad, y su felicidad consiste en la observancia de la ley.

Funda sus juicios sobre los principios de misericordia; pero en el castigo de los delincuentes es estricto é imparcial.

Sus oídos están abiertos á las quejas de sus súbditos; refrena la mano de los opresores y los liberta de su tiranía. Por eso su pueblo lo mira como á un padre, con reverencia y amor; lo consideran como al guardián de todos los bienes que disfrutan.

El afecto que le demuestran engendra en su pecho el amor al bien público; asegurar la felicidad de su pueblo es el objeto de todos sus cuidados.

Ningún murmullo contra él se despierta en los corazones; las maquinaciones de sus enemigos no ponen en peligro sus Estados.

Sus súbditos son firmes y fieles á su causa y la defienden, como una muralla de bronce. El ejército de sus enemigos huye delante de ellos, como la paja ante el viento.

La seguridad y la paz bendicen las moradas de su pueblo, y la gloria y la fuerza rodean constantemente su trono.



LIBRO VI.
LOS DEBERES SOCIALES.

—*—
CAPITULO I.

BENEVOLENCIA.

Cuando consideres tus necesidades, cuando contemples tus imperfecciones, reconoce, ¡oh hombre! á quien te honró con la razón, te dotó con la palabra, y te colocó en la sociedad para recibir y conferir recíproca ayuda y para cumplir obligaciones mútuas.

Tu alimento y tus vestidos, la comodidad de tu habitación, la protección contra los daños, el goce de las comodidades y de los placeres de la vida, todo lo debes á la cooperación de los demás, y de ninguno de esos bienes podrías disfrutar sino en medio de la sociedad.